



Retorno a Don Quijote

Alberto Gerchunoff

△▽

Prólogo

Triste y glacial inmortalidad la que otorgan las efemérides, los diccionarios y las estatuas; íntima y cálida la de quienes perduran en las memorias, en el comercio humano, vinculadas a anécdotas preferidas y a sentencias felices. Alberto Gerchunoff fue un gran escritor, pero el estilo de su fama trasciende la de un hombre de letras. Sin proponérselo y quizá sin saberlo, encarnó un tipo más antiguo: el de aquellos maestros que veían en la palabra escrita un sucedáneo de la oral, no un objeto intrínsecamente sagrado. Pitágoras desdeñó la escritura; Platón usó del diálogo para obviar los inconvenientes del libro, «que no contesta a las preguntas que se le hacen»; Clemente de Alejandría opinó que escribir en un libro -8- todas las cosas era como poner una espada en manos de un niño; el adagio latino Verba volant, scripta manent, en que ahora se ve una exhortación a fijar con la pluma los pensamientos, se dijo para prevenir el peligro de los testimonios escritos. A estos ejemplos no sería difícil agregar otros, judíos o gentiles, y nada he dicho del más alto de todos los maestros árabes, que hablaba por parábolas y que, una vez, como si no supiera que la gente quería lapidar a una mujer, escribió unas palabras en la tierra, que no ha leído nadie.

Como Diderot, como el Doctor Johnson, como aquel Heine a cuya memoria ofreció un libro emocionado, Alberto Gerchunoff manejó con igual felicidad el lenguaje oral y el escrito y en sus libros hay la fluidez del buen conversador y en su conversación (me

parece oírlo) hubo una generosa e infalible precisión literaria. Gerchunoff, tan inteligente, admiraba menos la inteligencia que la sabiduría; y en el *Árbol místico del -9- Zohar -el Árbol que también, es un Hombre, el Adam Kadmon-* la sabiduría es la segunda esfera gloriosa de la divinidad y la inteligencia es la tercera. La sabiduría, nos dicen, está en el *Quijote* y en la *Biblia*; esos libros acompañaron a nuestro amigo en sus andanzas por la tierra, «en el tren paciente a Tucumán... o en la plástica silla de tijera, en la cubierta, frente al regocijo del mar».

Destino paradójico el de Cervantes. En un siglo y en un país de artesanía retórica, lo atrajo lo esencial del hombre, ya como tipo (Rinconete y Cortadillo), La española inglesa, La fuerza de la sangre), ya como individuo (El celoso extremeño, El licenciado Vidriera); inventó y compuso el Quijote, que es el último libro de caballería y la primera novela psicológica de la literatura occidental, y, una vez muerto, lo tomaron por ídolo las personas que menos se parecen a él, los gramáticos. Asombrosos aldeanos lo veneraron porque sabía muchos sinónimos -10- y muchos proverbios. Lugones, hacia 1904, denunció a «los que no viendo sino en la forma la suprema realización del Quijote, se quedaron royendo la cáscara cuyas rugosidades escondían la fortaleza y el sabor»; Groussac, años después, condenó la aberración de cifrar «el milagro de la obra maestra, en la sal gruesa de su estilo jocosos, y, desde luego, en los dicharachos de Sancho»; Alberto Gerchunoff, ahora, en estas pensativas páginas póstumas, medita sobre lo íntimo del Quijote. Descubre y examina dos paradojas, la de Voltaire, «que no estimaba excesivamente a Miguel de Cervantes» y que, sin embargo, fue quijotesco hasta el escándalo en su defensa de Calas y de Sirven, víctimas judiciales, y la de Juan Montalvo, hombre devoto de Cervantes, valiente y justo, pero que, esencialmente, no vio en la historia del hidalgo otra cosa que un museo de palabras. Montalvo, anota Gerchunoff «se ejercitó talentosamente en un deporte suntuario de la inteligencia, sin acercarse a -11- Cervantes, inclasificable entre los escritores castizos, constreñidos a la celosa pureza verbal y a la tradición gramaticalista de la lengua». Luego, en una oración que merecería ser famosa, habla de las voces foráneas y populares que Cervantes captó, con «oído de músico callejero».

Stevenson opinaba que carecer de encanto, para un libro, es carecer de todo; estos ensayos, casi con insolencia, lo tienen.

Jorge Luis Borges

Tengo por costumbre, desde hace cerca de cuatro décadas, poner la Biblia en mi maleta de viajero, en la versión de Cipriano de Valera, que me place por sus frecuentes giros arcaicos, y un tomo de «Don Quijote de la Mancha», en una tosca y económica edición de Barcelona, que me acompaña en la vida no menos de media docena de lustros, deslomada por el uso, con las páginas cruelmente abarquilladas y las tapas de cartón con la imagen del Caballero de la Triste Figura, su rocín esquelético y el buen escudero montado en su asno positivo, en colores violentos y abarnizados que largos -14- años atrás se me pegaban a los dedos. Esos libros me bastaban siempre en mis variados trayectos de curioso trotador sobre la cáscara del globo terrestre. En el tren paciente a Tucumán o hacia la Cordillera, camino de Chile, en el barco a Europa, cuando Europa ofrecía al mundo el espectáculo de su plenitud armoniosa, o hacia las playas rientes y olorosas del Brasil, junto a la ventanilla del vagón o en la plástica silla de tijera, en la cubierta, frente al regocijo del mar, releía, con incansable apetencia religiosa o poética, la cosmogonía de los primeros capítulos del Génesis, con sus oleadas épicas y sus gérmenes ya completos de sociedad organizada. Y fatigado en la meditación sobre los temas de la humanidad primaria, en que el ingenuo y torvo Adán se desprende de su inocencia de ser divino, esto es, dotado del privilegio de la inmortalidad y del ocio, a condición de someterse, al lado de Eva, maravillosamente desnuda y prodigiosamente inerte, como todo lo que crecía y se -15- desarrollaba en la cuenca feraz del Paraíso, al régimen totalitario impuesto a la zona edénica por la voluntad demiúrgica y militar de Jehová, cerraba, digo, la Biblia, con la señal inútil allí donde dejara de leer lo que tantas veces leyerá, para abrir, en cualquier parte, la historia de Alonso Quijano, el amable vecino de aquel lugar de la Mancha del cual no quiso acordarse su puntual narrador y yo nunca, en tan prolongada frecuentación del relato, pude averiguar con mis escasas luces, para situarlo en la fabulosa geografía erizada de molinos de viento, de gigantes y de sabios encantados. Mi ánimo se exaltaba así con la sucesiva hilera de aventuras y éstas me sumergían, como solía ocurrirme en la mocedad, en ese estado de ensoñación que es particularmente propicio al que viaja. A través del cristal de la ventana abarcaba la ancha llanura argentina, desplegada de horizonte a horizonte, cubierta de dibujos geométricos trazados por el arte labriego del arado, las islas arbóreas -16- de que emergen, con sus cascos rojos o los antiguos y pardos miradores, las mansiones en los fundos señoriales, la capilla doméstica o aldeana, de torre tímida, o poblada, de trecho en trecho, mientras el convoy urgente enhebra sus ristas de kilómetros, por manadas de novillos de ancas compactas y de pelo uniforme, negros, descornados, o bien rojizos y de roma cornamenta, entregados a la actividad multitudinaria de pacer, de llenar sus cuádruples estómagos con fruición metódica. Y también, como en el páramo manchego, molinos de aspas cantarinas, movidas por la racha o por la tracción antirretórica de un oculto motor de medio caballo. Pero, en la hora de la siesta, esas novilladas, esos islotes de eucalipto, esas palas acumuladoras de agua en el tanque de cemento o de barreras de zinc, se transformaban al conjuro de la evocación quijotil, y me despojaba, habitante urbano, de hábitos burgueses, con la pipa en la boca, en persona espectral, en entelequia puramente -17- literaria, retrocedido en los siglos, y agregado, por la magia del sublime desfacedor de entuertos, en uno de su grey, inflado de ira contra el cura, el barbero y el académico Sansón Carrasco. ¿Habría retrocedido realmente en la ruta temporal y hundí dome en el pasado, incongruente ya con la estancia criolla, la hacienda contemporánea, con el ferrocarril que cruza las hendiduras de los Andes, o las turbinas que impelen al suntuoso transatlántico, con su maestresala que ofrece al pasajero *foiegras* y caviar y una botella de chablis perfectamente *frappé* con chispas de helado sudor en el gollete? Lo creo, amigos de Don Miguel de Cervantes y de su multigénito Don Quijote de la Mancha y, por ende,

amigos míos. El *curriculum vitae* del paladín que salió una mañana, a horcajadas de Rocinante, con su visera de pasta fabricada, sin duda, con los desechos de una caja en que se trajo un justillo a su sobrina, al cumplir la edad de moza, la jofaina y la espada comida de orín, en busca -18- de ocasiones prodigiosas para mostrar el valor de su brazo y el mérito de su limpio corazón, dispuesto a defender la justicia ofendida, ese *curriculum vitae* de que nos informa Don Miguel de Cervantes, lleva en sí el sortilegio clarísimo de convertirnos en gente de la raza quijotesca, en amadores suyos, en seguidores inescarmentables de su suerte donosa y melancólica. ¿Qué es el escritor sino un individuo de esa progenie, cuya nobleza consiste, precisamente, en atisbar una posible pendencia, tentado por lo imposible, y desaconsejada por el varón grave que nos advierte con sacerdotal solemnidad: la cosa que intenta no conviene porque no trae provecho ni honra que es una de las más conocidas formas de aprovechamiento? El escritor, sin proponerse gobernar, como el excelente Sancho, la Barataria, ni alcanzar las doradas cruces con que se consagra la importancia de las personas sensatas que aguardan en su casa la honorificencia de la magistratura consular, de la proceratura -19- imponente o de la doctoración memorable, el que escoge, para decirlo en breve, el trabajo de la palabra, se tonsura per *in eternum secundum ordinem Melchisedec*, resuelto a ejercer las proezas quijotescas, acudir allá donde no le llaman y pronunciarse respecto de asuntos que los administradores de la república y los jueces regulares jamás pensarían someter a su juicio.

-[20]- -21-

△▽

- II -

Monsieur de Voltaire y el quijotismo

¿Cómo así? -me preguntarán. Monsieur de Voltaire no estimaba excesivamente a Don Miguel de Cervantes Saavedra, por ignorar su idioma y por tener una inteligencia demasiado crítica, demasiado sarcástica y racional, capaz de construir una epopeya de burdel para denigrar a la Doncella de Orleans y restringida por su mismo rigor lógico, que le impedía impregnarse de la poesía humana y heroica que respira la novela incomparable. Mas, no obstante esa lamentable limitación, la sed de rectitud que lo devoraba le condujo a asumir una conducta absolutamente quijotesca. Supo en una oportunidad -22- que el ciudadano de Tolosa llamado Juan Calás, que practicaba burguésmente el comercio y se acostaba a dormir cubriéndose la cabeza con un gorro blanco de algodón, fue víctima, en 1762, de un fallo del Parlamento, fundado en testimonios falsos, según los cuales, dicho negociante pacífico dio muerte a su hijo con el fin de evitar que abjurase de la fe luterana. Mademoiselle Calás se le presentó en su residencia, en que compartía la sociedad de hermosas amigas, se entretenía en comentar las intrigas de la corte y en discurrir con sabiduría sobre todas las cuestiones que pueden proponerse al sabio. Mademoiselle Calás era joven y persuasiva y Monsieur de Voltaire, con sus amigas ilustres y sus compañeros dóciles se conmovieron ante esa iniquidad judicial. Juan Calás hacía dos años que yacía sepultado después de haber sido martirizado escrupulosamente por los verdugos encargados de ese servicio del Estado,

faena no extinguida aún y que cuenta, desde luego, con técnicos expertísimos -23- para desarrollarla cada vez que lo requiere la tranquilidad del orden público o la seguridad de las normas en que reposa el Estado en ese especial momento de peligro para su existencia. Monsieur de Voltaire se quijotizó en el instante en que conoció los pormenores del proceso instaurado al comerciante de Tolosa y presuntivamente filicida. Comenzó a escribir contra los testigos que declararon en el espantoso pleito, contra los magistrados que sellaron con su sangrienta aquiescencia la monstruosidad acumulada con argumentos y alegatos hechizos, contra los miembros del Parlamento que sentenciaron a esa desventurada criatura, motejada de herética, de relapsa, de contumaz, y entregada de antemano por su crimen a las calderas que hierven sobre los braseros perpetuamente encendidos del Infierno, que, afirmémoslo de paso en su descrédito, no inspiraba respeto a Monsieur de Voltaire. Empezó a rugir; su pluma se dedicó a lanzar hojas con burlas, con gritos, con amenazas, -24- con pasmosas demostraciones, que hallaban en su almohada los ministros del rey, los servidores palaciegos, las cortesanas en las circunstancias más alegres de sus noches del Louvre o de sus diversiones de Fontainebleau. ¿Quién era ese espectro que respondía al nombre opaco de Juan Calás y con el cual Monsieur de Voltaire les amargaba el entretenimiento en el rincón de la fronda o en el aposento en que los príncipes y las princesas cazaban en los tapices de maese Gobelin, o la dueña de la alcoba sonreía desde un lienzo, con la gracia con que en ese justo minuto sonreía fuera del lienzo, y con propósito más inherente a su frágil y ondulante naturaleza? El caso es que Monsieur de Voltaire gritaba y esgrimía su espectro con tal insistencia que no permitía a los ministros reales hacer su negocio sin que se les presentasen los huesos molidos de Calás ni sus oídos dejaran de ensordecerse con esa resonante requisitoria. Ni podían negociar, ni amar, ni disfrutar la medianoche, la cena do la moda española incorporada -25- a la tradición palatina de París, ni conseguían los marqueses y las marquesas, disfrazados de pastorcillos y de pastorcillas, confiarse a la delicia campesina de gozar de la sombra, en una abra de la floresta. Voltaire, que dominaba las ciencias, la filosofía, la historia, por adivinación genial y por conocimiento efectivo, que razonaba con asombrosa agilidad y craso buen sentido, contra lo que tuviere apariencia de sobrenatural o de milagroso y se complacía en carpir los prodigios que iluminan las leyendas en que se advierte el arduo afinamiento del género humano, prototipo de lo antiquijotil, se quijotizó hasta afrontar con valerosa tenacidad a los follones y malandrines que torturaron, condenaron y mataron a un hombre inocente de las culpas que le atribuían; era el más grande escritor de Francia y sabía que su misión le forzaba a salir en defensa de la justicia maltratada.

Lo desmesurado de Víctor Hugo, el antidéspota, el proclamador de la libertad, encierra -26- el zumo quijotesco de su espíritu oceánico. Víctor Hugo amaba a Cervantes y su pluma pontifical trazó su elogio con la rumbosa profusión de imágenes, tropos y fórmulas antitéticas que componen su estilo, que oscila entre el sistema dialéctico del profeta Daniel y el verbo flamífero de *Dante Alighieri*. Emilio Zola siguió ese ejemplo insigne. Cuando abandonó su retiro de novelista, sus veladas de Medán, su estudio de la influencia patológica en la espesa serie de los Rougon-Macquart, para defender al capitán Dreyfus, acusado del delito de alta traición, o sea por haber vendido un documento del Estado Mayor al agregado militar de la embajada alemana, por lo cual, sin atender razones probatorias ni examinar seriamente el legajo cosido en muchísimos tomos secretos, los coroneles franceses, que aspiraban a derribar la república, ahogar la democracia e instalar a uno de ellos en el gobierno o a uno que los encarnara, lo encerraron en la Isla del Diablo, empezó a escribir -27- en «L'Aurore» artículos contra esos coroneles y a demostrar que se estaba en presencia de un pavoroso

error judicial, que comportaba a la vez un crimen racial, los literatos más contrarios a la literatura zolesca lo compararon con Voltaire en su desesperada tentativa de reivindicación de Calás. Don Vicente Blasco Ibáñez lo parangonó con Don Quijote y parangonó con el héroe cervantino a Anatole France, partícipe ardiente de aquella campaña que convulsionó a Francia de 1894 a 1906. El caso de Anatole France podría sorprender al observador puramente literario. Tratábase de un autor apacible, perezosamente escéptico, de un epicureísmo plácido, dado al gusto arqueológico, saturado de humanismo erudito, cuyas novelas contienen los blandos sentimientos y el suave pesimismo filosófico que caracterizaron al arte estetista de Francia en su apogeo intelectual de fines del siglo anterior. Combatió rudamente la escuela naturalista y especialmente a su jefe, a Emilio Zola, -28- a quien agredió a menudo, como en el «Diálogo de los muertos», incluido en uno de los cuatro volúmenes de «Vie Littéraire», que contienen repetidos ataques, en los que negaba las cualidades más visibles del poderoso constructor de novelas. «Zola es de esos hombres desgraciados -declara en su ensayo sobre "La Tierra"- de quien se puede decir que más le valiera no haber nacido.» A pesar de esas agresiones perseverantes, le conmovió la actitud quijotesca de Zola y acabó por integrar su grupo, con George Clemenceau, Jean Jaurés, Octave Mirbeau, Bernard Lazare, el grupo de «L'Aurore» y de «La Petite République», que luchó bravamente contra el partido antidreyfusista, contra el racionalismo desbordado, que cifró el honor del ejército y de la patria en mantener la condena del presidiario que se pudría en la isla del Diablo, con tal de salvar al núcleo de espías y de oficiales de raíz aristocrática, de los verdaderos culpables, como el mayor Esterhazy, el vendedor del -29- famoso «bordereau», que se habían complicado en esa siniestra urdimbre de bandoleros y de fanáticos. Anatole France, indiferente a los azares del mundo, se impregnó de quijotismo, se despojó de su apatía de artista sibarítico y dulcemente moralista, y peleó, codo con codo, con Zola, y terminó por admirarlo, por reconocer sus impulsos de honda bondad humana, que es la sustancia pura de lo quijotesco. Al hablar en su tumba, aseveró: «Emilio Zola fue un momento de la conciencia universal.» Anatole France se quijotizó en esa tumultuosa batalla hasta el punto de transformarse en un escritor militante, en un vengador social, que preconizaba, por encima de todo, la seguridad de la justicia, la justicia que protege al débil, la justicia que contiene en su desborde al fuerte, al privilegiado de la organización política en que vivía.

-[30]- -31-

△▽

- III -

Un pequeño juez embrujado por el caballero de la triste figura

Pero hay un hecho de conversión al quijotismo, en la historia contemporánea de Francia, que me emociona más aun que el comportamiento de Zola, de Anatole France, de Clemenceau, de Bernard Lazare. Aludo a algo que las personas incorporadas a la vida después de la guerra de 1914 a 1918, que fue el primer naufragio trascendente de la civilización, no conocen en la extensión de su importancia moral, si es que lo conocen en alguna forma. Me refiero a Paul Magnaud. Era éste un magistrado que tomó parte en

la contienda contra los alemanes en 1870 y -32- llegó de simple soldado al grado de capitán, ganado con su valentía patriótica y su tranquila falta de miedo ante el enemigo. Maitre Magnaud no llamó la atención por ideas revulsivas ni actos que denunciaran a uno de esos descontentos semidísculos que desean evadirse del anónimo por medio de decisiones chirriantes. Pasó por los diferentes juzgados, cuenta Lyret, su recopilador, oscuramente, ocupado en aplicar la letra del Código, y así, por merecimientos silenciosos de funcionario puntual, se le ascendió a presidente del Tribunal de Château-Tierry. Un accidente baladí modificó su posición mental y su concepción común y admitida de las cosas. Una mañana de sol y de lindas muchachas en los puentes del Sena y en los veredones bordeados de estatuas de las reinas de Francia, en el jardín de Luxemburgo, paseaba el hombrecillo ahíto de hermenéutica y de casuística jurídica por los malecones en que se atestaban, en cajoncillos con estantes, libros viejos, y se puso a rebuscar con aire distraído, lo que -33- pudiera interesarle, con esa complacencia con que gusta el paseante culto en la ciudad alumbradora, en la ciudad en que reside el genio universal del pueblo francés, revolver la sapiencia aglomerada y olvidada en esos tenduchos atractivamente sórdidos. ¿Buscaría, acaso, el monótono abogado algún panzudo comentario sobre leyes civiles o penales? Adolphe Retté ha contado en «Les Temps Nouveaux» que esa mañana Paul Magnaud descubrió, no un digesto, no un tratado de temas legales, sino un tomo grueso, de tipografía menuda, con ilustraciones groseras y encantadoras, titulado «Don Quichotte de la Manche». Los grabados sedujeron a Paul Magnaud. El caballero montado en su escuálido jamelgo, con su lanza terciada y su mirada perdida a lo lejos, le produjo una rara sensación de dominio virtual; y los carneros y pellejos de vino embestidos le hicieron sonreír, como nunca sonriera en su carrera pulcra de juzgador, le alucinaron y lo indujeron a enterarse de esa narración, -34- desconocida en su afán de lector de cuestiones áridamente atañederas a la misión con que se ganaba honradamente su subsistencia. Se llevó su «Don Quichotte de la Manche», se metió en un bodegón próximo a la catedral de Notre Dame, pidió su plato de gigote y su garrafa de vino de Anjou, y empezó a leer, con avidez infantil, las proezas infinitas, las inenarrables peripecias del caballero de lanza terciada y de mirada perdida a lo lejos. Los grandes hombres son grandes niños. Paul Magnaud leyó e interpretó con inteligencia directa de párvulo alucinado las vicisitudes de Don Quijote. Se conmovía, se reía, se entristecía. Su gigote se enfriaba, su copa permanecía llena, pese al tenedor en ristre, y al cuchillo que apretaba con mano crispada, como si fuera el puño de espada justiciera, pues lo quijotil le estaba invadiendo, penetraba en su alma despierta, se filtraba por los poros de su piel, hasta que un nuevo parroquiano le sacudió para que le devolviera el saludo. Así lo encontró -35- Adolphe Retté, en esa época poeta simbolista y propagandista del socialismo. Magnaud lo miró con ira, con la irritación apenas disimulada con que miramos al que nos perturba la lectura de un libro agradable en el asiento del tren o del tranvía. No tardó en apaciguarse, o sea, en volver a la realidad de la tierra, del bodegón y del gigote, y acogió con exquisita cortesía a Adolphe Retté, le explicó su descubrimiento, y lo invitó a compartir el manjar ya enfriado y el vino que seguía esperando la tentación del abstraído comensal. Comieron juntos jovialmente, alabaron la carne de paleta de carnero, con la salsa sutil, la salsa capitosa de la cocina francesa, bebieron con competente apreciación el Anjou en reiteradas garrafas y continuaron, en una sobremesa inacabable, leyendo capítulos de Don Quijote, analizándolos, riéndose, ensombreciéndose a ratos. Paul Magnaud no durmió esa noche. La madrugada lo halló con las pupilas enrojecidas, deslumbrado y feliz, con -36- la imaginación tendida por las sendas poéticas en que cabalgaba el donairoso personaje, seguido del fiel escudero, en el ámbito manchego, sonoro de voces de desafío, de chirridos de aspas, de silencio sobrecogedor, embrujado por estrellas impávidas.

Sus secretarios y sus amanuenses, los litigantes y los rúbulas no lo reconocían más. Su chaquet, de solapas pringosas, y su huidiza corbata, le quedaban más holgados sobre sus hombros puntiagudos y su cuello corto, sus gafas se le deslizaban con la regularidad habitual no bien movía la cabeza; su acento paternal no había variado. Sin embargo, no era el mismo Paul Magnaud que administraba el tribunal de Château Thierry desde 1887. Redactaba la prosa de los fallos sin los interlocutorios gerundios con que adornan sus fundamentos los meditabundos jurisperitos y decía lo que se proponía decir de una manera concreta, comprensible para el último gañán de cortijo, y lo peor, lo más inesperado y lo más desconcertante -37- era que acababa por dar la razón a quien la tenía en el litigio entablado ante su estrado. El obrero defraudado por el patrono, la mujer ultrajada con engaños, el individuo desvalido que procuraba el auxilio de la ley, encontraban en las sentencias sencillas y solemnes de Magnaud la satisfacción que humanamente necesitaban. ¿Qué había sucedido con ese tedioso e intachable magistrado? Le inspiraba, según ya sabemos y lo ignoraban los jueces, los diarios, los legisladores de París, el espíritu de Don Quijote, que por ser un hálito de piedad, de consoladora misericordia, de callado e indefectible coraje, es una de las tantas manifestaciones del Espíritu Santo. Los diarios, los magistrados y los legisladores de espaldas a la Francia engendradora y adivinadora, lanzaron el grito de alarma. Magnaud era un revolucionario, un anti-patriota, un anarquista -a fines del siglo pasado no se hablaba de comunistas sino de anarquistas y de socialistas- que transgredía el derecho y contradecía -38- los principios de la sociedad. En efecto, el presidente de Château-Thierry era revolucionario porque la verdad es una llama terriblemente e inocentemente revolucionaria, y sus sentencias contrarias al derecho porque su inquisición de la verdad, su anhelo de servir a la justicia, con sanciones incuestionablemente justas, le obligaba a veces a apartarse de las prescripciones anticuadas del Código o basadas en conceptos clasistas. Los tribunales superiores casaban sus sentencias, lo amonestaban, y los periódicos que reflejaban el pasatismo burgués, el egoísmo patronista o el jurisprudencialismo tradicionalista, lo señalaban a la ira colectiva, como si fuera un conspirador, un perturbador de la paz pública, uno de esos delincuentes antisociales comprendidos en la «Loi-sclerats», que prepara bombas en un sótano para arrojarlas al paso de un soberano o al recinto del Parlamento. Nada de eso matizaba el temperamento severo y compasivo de Paul Magnaud. Creía que el objeto del derecho radicaba en -39- proporcionar justicia a los que la demandaban en sus desgracias vulgares y en sus desdichas ordinarias, y su finalidad cardinal de juez, predominante y única, fincaba en ser justo conforme a su función en un país civilizado, y no conforme a normas herrumbradas y opuestas a la conveniencia de los hombres congregados en ese consorcio cordial que debe ser una comunidad. Si el derecho carecía en tal o cual aspecto, por anacrónico, de esa eficacia vital, era menester enmendarlo con un juicio libre y consciente, como lo hacían los jueces ingleses, no tan sujetos a los dogmas codificados. No le importaba, por lo tanto, la crítica de la prensa políticamente retrógrada, ni la casación de sus sentencias. Proseguía dictándolas con inalterable energía e inflexible dulzura de corazón, con la confiada majestad con que impartían justicia los reyes patriarcales, en las edades idílicas, bajo el olmo florido, seguros de guiarse por la interior bondad que los animaba y el auspicio de la Divina Providencia, -40- asistidos humildemente, no por la erudición de los Digestos y de las Pandectas, sino por la gloriosa iluminación de sus almas. Los tribunales de Francia se cansaron de anular los veredictos del presidente de Château-Thierry, porque éste era un hombre de invencible y pertinaz voluntad. Insistía, volvía a insistir y continuaba insistiendo, imperturbablemente, en nombre de la suprema razón de la justicia. Y poco a poco los magistrados de alta alzada comenzaron a encogerse de vergüenza, de pudor, de

convencimiento ilustrado y aprobar lo que dictaminaba, en su mesa de hule raído, el juez Magnaud, el Buen juez -«le Bon Juge» como ya lo llamaba proloquialmente el pueblo francés. Y el Buen Juez, el pobre y tranquilo ciudadano de Château-Tierry, descansaba de su faena, en los días de fiesta, revolviendo con la pala el suelo poroso de su jardinillo, para aporcar o desaporcar una col, o podaba el rosal enjuto, la parra pagana, el peral de retorcidas ramas en que cantaba en -41- el alba la alondra gala, la alondra embriagada de música, en que vibra el eco matinal de la campiña francesa y que nos ha hecho amar a la eterna y unánima Francia, porque satura con su grato sortilegio, con su armonía en libertad, el genio del pueblo educador de la humanidad, el de sus poetas, amigos de nuestra intimidad, el de sus pensadores, de mente ordenada y lúcida, el de sus filósofos, profundos y perceptibles en su volición cerebral, desvestidos de aparato vanamente tecnológico, de enrevesamiento artificialmente metafísico, como lo son los dialectistas germánicos, constructores artificiosos de edificios galimatías, cohonestadores sistemáticos de la barbarie dominadora, del superhominismo nietzscheano y del super-racismo de Fichte, que produjeron su fruto cabal con la exaltación de Adolfo Hitler al poder de Alemania, en enero de 1933.

-[42]- -43-

△▽

- IV -

Un Quijote argentino

He aludido a la guerra de 1914 a 1918. Contaré con tal motivo un episodio hermosamente quijotesco, que conturbó, admiró y mantuvo en suspenso, temerosos y angustiosos, a los que fuimos amigos cercanos de su protagonista. Quiero hablar de la acción de Roberto Payró durante la ocupación alemana de Bruselas, en aquellos años de la conflagración. Payró se radicó en Bruselas, con su familia, en 1909, deseoso de vivir en Europa, después de servir, por espacio de treinta años, a la cultura de nuestro país, en el periodismo, en la novela, en el teatro, del cual fue uno de los creadores iniciales, y continuar, en el retraimiento de una atmósfera -44- propicia, su obra ya caudalosa de escritor. Habitaba un hotelito, amplio y gracioso, en la Avenue Brugmann 327, con una sala espaciosa de trabajo, con todos sus libros de Buenos Aires, con ventanales luminosos que daban al boscoso boulevard, y una veranda de cristal en el fondo, sobre un jardín, con chimenea de caño de hierro forjado y llena la estancia hospitalaria de banquetas de color vivo, de butacas floreadas, de pailas, de jarras de cobre, de morteros de bronce oscurecidos por siglos, de grabados, de cuadros. Este eximio escritor y eminente argentino planeaba allí, en su madurez robusta, las novelas del ciclo de la conquista y del coloniaje de América, con el pensamiento límpido, con el ingenio gozoso, el optimismo sin candor que traslucía su fe en el destino de la humanidad y en el destino de su patria. Allí lo visité en el invierno de 1914 y disfruté del acogimiento de su casa, tan familiar, para mí, tan mía, tan hendida en mi recuerdo como la que habitaba en Buenos -45- Aires y que frecuentaba casi desde mi infancia, porque, he de decirlo con modestia y con orgullo, Roberto Payró ha sido mi maestro, mi amigo grande, mi hermano altísimo, mi amparador y mi animador bienamado. Se entenderá, naturalmente,

que me comprenden las generales de la ley y mi opinión podría, por semejante causa, ser motejada de parcialidad. Dios me ha librado hasta ahora de la incolora y proficua ventaja de la neutralidad, de la imparcialidad, de la equidistancia en materia de opinar y de juzgar hombres y acontecimientos y me ha permitido situarme en lo verídico, en lo justiciero, en el discernimiento entre el bien y el mal. Hablaré, con esa certidumbre de lealtad hacia lo bueno y lo digno, de que fue un dechado ese maestro y ese amigo, que enalteció mi vida con su consejo fraternal y su amistad, de lo que lo engrandeció y lo sublimó en el transcurso de la dominación prusiana en Bruselas. Pudo Roberto Payró, con la diligencia amistosa del ministro argentino -46- en la capital belga, salir del territorio sojuzgado, regresar a su tierra natal, o trasladarse a España o Suiza, sin molestias ni inquietud en lo que concernía a su bienestar y al de su gente. ¿Quién hubiera podido reprochárselo? Pero creía deberse a sus principios de representante de ideales humanos, de la indeclinable caballerosidad espiritual, de la innata investidura quijotil de la verdad y de la justicia, que es una responsabilidad de escritor, de hombre que va al pueblo, con su verso, con su drama, con su cuento, con su novela, con su llamamiento en el periódico. Se quedó, como vengo diciendo, en la Avenue Brugmann, en su hotelito atestado de anaqueles, para estar junto a sus compañeros de letras, que iban a su casa y a los cuales veía casi diariamente, tales como Arnold Goffin, el sapiente traductor de las Florecillas de San Francisco de Assis, el ensimismado pintor de Gouvre de Nuncques, el escultor Lagae, Hostelet, Solvay, Maurice Kuferath, el ilustre musicógrafo y -47- comentador de Nietzsche y de León Tolstoi. Consideraba que gozaba de la hospitalidad de un país bello y generoso, puesto que lo admitió en su sociedad más elevada, y le debía su solidaridad en la hora de su desventura. Los militares del Káiser, no diferentes de los militares de Adolfo Hitler, hicieron sentir muy pronto a la población su rigor de invasores despóticos con actos que resultan probablemente de suavidad femenina si los cotejamos con los que entenebrecieron al mundo, de 1940 hasta las ofensivas rusas y la invasión anglo-americana de Italia y de Francia. Los belgas, viejos y jóvenes, se pusieron en la faena trágica y sigilosa de obstruir al invasor, de espiar sus movimientos para informar al ejército patriota que luchaba con grandioso denuedo en Francia, de remitirle, deslizados en las tinieblas, a combatientes voluntarios, que gateaban en la noche por las proximidades de las fronteras, de dificultar las operaciones, la acción cotidiana de los directores del Cuartel General, de defender -48- a los ciudadanos sospechosos de conspiración o de ayuda a los aliados. Payró actuó en esa peligrosa faena del patriotismo belga, con los políticos, con los periodistas, con los escritores, con los estudiantes. No se satisfizo nuestro compatriota con esa labor disimulada y expuesta a riesgos mortales, en que estaba complicada, y fue llevada ante el pelotón de soldados que la fusiló, la serena y angélica Miss Cavell. Se sintió obligado, por ser periodista, antiguo redactor y colaborador de «La Nación», a denunciar a la opinión mundial los horrores de la barbarie germánica. «La Nación» publicó sus correspondencias acusadoras y el público argentino y americano supo así lo que era y representaba en la práctica la hegemonía de la Alemania de la técnica y de las universidades, de su filosofía constructiva, de su filosofía del super-hombre, del super-pueblo y de la super-nación dolicocefala y grasiestamente blonda. Los coroneles de la Kommandantur, o sea, del Cuartel General en Bruselas, se -49- dieron a inquirir datos sobre el hombre, misterioso para ellos, que revelaba sus asesinatos, atropellos y vejámenes, la resistencia ingeniosa de la masa popular, la astucia del boycott, las travesuras enredadoras de los muchachos belgas. Payró iba al café, charlaba con sus contertulios, mientras en su biblioteca yacían escondidos los manuscritos comprometedores, las notas sobre fusilamientos, sobre encarcelamientos y desapariciones, y en el desván de la Avenue Brugmann se ocultaban, de tanto en tanto,

mozos conducidos de burgo en burgo y que esperaban el instante oportuno para escurrirse en la oscuridad hacia el límite con Holanda. No tardaron los precursores de la Gestapo en descifrar el enigma de las publicaciones de Buenos Aires y dar con su autor razonada y fríamente audaz. Registraron su casa con la minuciosidad kantiano-germana, que es un rasgo de la aptitud científica de la raza incuestionablemente aria. No hallaron allí documentos probatorios, más de una vez al -50- alcance de su mirada o de sus manos. Pero comprendieron que estaba ahí el culpable y, pese a la protección del ministro argentino, estuvo en repetidas circunstancias por caer en las zarpas de la Kommandantur, que lo declaró virtualmente su prisionero, con el deber de presentarse todos los sábados a sus oficinas. Payró ha referido sus aventuras de Bruselas en una detenida narración, que yo publiqué después del armisticio de 1918 en «El Álbum de la Victoria», y que tiene el valor de un documento literario e histórico de singular importancia para el conocimiento del período de dominación de los alemanes en Bélgica durante la guerra anterior. La vigilancia de los oficiales de la pre-Gestapo no impidió a Roberto Payró continuar sus trabajos de admonición periodística, de participar en los cenáculos de liberación que funcionaban allí donde había belgas, quiero decir, en todas partes. Ese hombre corpulento, de frente arquitectónica, de ojos diáfananamente azules, de rostro pálido, nervioso, -51- inquieto, de fantasía divagante y de resolución decisiva, movida a impulsos de su generosidad, cumplió con su misión quijotil de escritor y de publicista, de huésped de una ciudad asolada por una nube de vándalos.

La actitud magnífica de Roberto Payró en Bruselas no solamente no me extrañó por conocerlo tan profundamente, por su íntimo lineamiento psicológico, por su inagotable humanidad, sino por su educación cervantina. Payró, el traductor de la más expresiva literatura francesa del siglo XIX, era de lejano origen hispánico, como lo avisa la cadencia de su apellido, con raigambre enjundiosa en su espíritu, y nos lo muestra, por lo demás, la última etapa de su obra novelística. A esto agregaba su afición a «Don Quijote de la Mancha». Asiduo lector del libro portentoso, lo paladeaba, lo conversaba, barajaba el refranero de Sancho con jubiloso entretenimiento, aplicaba los ejemplos quijotescos a los sólidos contratiempos -52- de la vida, los comentaba con interpolaciones de estrofas del Viejo Vizcaya. -No te canses de leer el «Quijote»- acostumbraba a decirme en las reuniones del fonducho en que nos reuníamos, terminado el trabajo en la redacción, con Emilio Becher, con Martiniano Leguizamón, con Joaquín de Vedia, con Martín Malharro. Yo me atenía a su recomendación docente. Ese amor a lo quijotil lo enhiestó en su heroísmo sin jactancia en el día que debió hacerlo, como un soldado de la justicia, de la civilización, de la dignidad. En 1919 regresó a Buenos Aires. Lo recuerdo perfectamente bien. Nos juntamos en el restaurante entre varios, y un asistente a la mesa, no poco sanchesco, le asestó esta inefable pregunta:

-¿Por qué no se fue a España, al comienzo de la guerra? Se habría evitado los trastornos que sufrió. ¿No le parece, Don Roberto?

A Joaquín de Vedia se le crisparon los puños y a Emilio Becher se le contrajeron -53- las mandíbulas en una tensión alarmante; lo miró largamente y dijo:

-¿Ha leído usted «Don Quijote»? Léalo, amigo mío, y encontrará la respuesta que Don Roberto no le puede dar...

La muerte de la caballería y la resurrección del caballero

El quijotismo se identifica con el humanismo. Estiman ciertos críticos, y entre ellos el paleógrafo francés León Gautier, a quien debe la ciencia notables estudios sobre epopeyas y gestas medievales, que Cervantes ha destruido la caballería antigua en la burla macerante de su novela anticaballeresca. Es una interpretación errónea. El género caballeresco, como expresión viva de un medio social y de un sentimiento activo, con la multiplicación retórica de los héroes de similor, había muerto en la España de Cervantes y solamente subsistía en el vestigio de los romances que se cantaban o -56- recitaban en las ventas de los caminos. Formaba una literatura perimida, de fabricación, que Cervantes no confunde en el «donoso escrutinio» del cura y del barbero, con lo que hay en ella de clásico y de perdurable. Mas al matar en su aparente parodia el residuo de lo sobrevivido en el tiempo con las aventuras de Don Quijote de la Mancha, el novelista sepultó una frondosa exacerbación de la caballerosidad hiperbólica y falsamente sentida, vista en un desfile de fantoches gigantescos, y la resucitó como fuerza de espiritualidad influyente en los hombres. Las novelas de caballería, cuyo arquetipo más remoto sería «Amadís de Gaula», son fábulas hazañosas en que el argumento perenne es la justa de los paladines y los combates de adalides magnánimos contra adalides fementidos, que se valen del ministerio de los filtros, del encantamiento y de la brujería para vencer con sus ardides a los lidiadores honestos y bravos. Sus personajes son en su mayoría meramente físicos, -57- que enceguecen con el resplandor de su espada o al fulgor de su armadura. Gimien de amor, se torturan en penitencias inverosímiles o risueñas, y su fidelidad gallarda se vierte en ríos de llanto desolador. Su nobleza y su gentileza ornamentan una napa humana que empieza y concluye en la corte del rey o del príncipe. ¿Qué doctrina viviente entresacamos de ese follaje en que repercuten perpetuamente el cuerno de caza o los mandobles de los guerreros, que agonizan cien veces y resurgen cuatrocientas, y para los cuales el combate no es una contienda contra alguien, por algo, sino un ejercicio, una inflación parasitaria de la ira ficticia y el furor, un adiestramiento, como en las cacerías y las brutales reyertas en el campamento de Gengis Kan, en las tundras de Gobi? Esa teatralidad paródica y épica, que nos sugestiona con su panorama de selva y de castillo, se trasmuta en el libro cervantino en una visión inversa de los acontecimientos y de los prohombres que los representan. -58- Todo lo que cubre la osatura de Don Quijote es tan puerilmente falso como las sílabas sonantes de su nombre compuesto en la vigilia, como su visera de papel, su escudo y su casco. Empezamos por saber que la razón se le ha ido a medida que le iba creciendo el ánimo de revivir lo que no vivía desde hacía centurias y en el camino paradójico, delegado al husmeo del resignado rocín. Cervantes nos comunica el sueño trasnochado de Don Quijote, la composición de su poema interior, y, sin embargo, su propia pintura de ese cabalgador meditabundo y rumiador de trozos de chafalonía extraídos de las novelas de caballería, con intención burlesca o cómica, no consiguen disuadirnos de su belleza y de su grandeza en la continuamente frustrada realización de sus propósitos. Don Quijote demuestra con sus salidas, con sus tropiezos con los patanes, con sus caídas, con sus derrotas sucesivas, la diferencia que lo separa de lo que llamamos equivocadamente los verdaderos caballeros -59- andantes, porque su capacete, su espada, sus armas eran auténticas y no recogidas incongruentemente en el sótano en que se guardaban los trastos de su hacienda. No hay detalle que lo aproxime a aquellos pretéritos y pintorescos retadores a muerte de los que escondían a la llorosa princesa o desconocían la sin par hermosura de la dama que servían con su rebotante heroicidad.

Esas corazas refulgentes y esas manoplas de acero encubrían en la época de Cervantes huesos muertos que sostenían verticalmente el paramento de metal. Su realidad se desprende de la realidad atribuida al escenario en que lanzaban su corcel y eran una refracción espectral de lo que representaron en la edad combativa en que su grito se oía en los campos de la Europa feudal y en las latitudes asiáticas. En esas edades la caballería desempeñaba una función en la sociedad; la abolición del derecho y de la justicia, determinada por el derramamiento de los bárbaros por los países en que a su paso de horda, con sus carros -60- chatos y sus mujeres rollizas y pastosas, destruyeron los museos, los institutos, los palacios y las librerías, le impuso la necesidad de amparar al menesteroso. Miembros de asociaciones secretas, como los Templarios, de órdenes religiosas y militares, constituían la imprevista y providencial defensa del que requería esa denodada asistencia, bajo la advocación de la fe, de la belleza, del amor. Al amanecer del siglo XIV esas instituciones ya no podían conservar su primitivo carácter. Al amortecido feudalismo empezaba a sobreponerse la concepción centralista del Estado en manos del rey, que dejaba de ser paulatinamente un caballero de acuerdo con la noción romancesca, para ser, cada vez con más enérgico poder de absorción, un gobernante despótico o un buen administrador. Felipe el Hermoso resultó, conforme a esa mutación de las costumbres y de las exigencias políticas, el rey más anticaballeresco de Francia, el rey cuyo canciller, Guillermo de Nogaret, organizó el asalto y el secuestro del -61- Papa Bonifacio VIII, en su retiro veraniego de Agnani, origen del Cisma de Avignon. En su apremio de monarca totalitario para cubrir los derroches que ni siquiera satisfacía su procedimiento proverbial de batir moneda falsa, se le ocurrió apoderarse del tesoro de los Templarios. Componíase esa orden de hombres religiosos que soñaban con la conquista de Jerusalem y de aventureros ansiosos de menear la lanza en fabulosos itinerarios, desarzonar al infiel de un golpe diestro, despojarlo de su harem y de sus bienes. A menos de centuria y media de su aparición, los Caballeros del Temple, los bélicos peregrinos que tenían por meta de sus hazañas el Santo Sepulcro, poseían, a juzgar por lo que se creía en las capitales europeas, una inmensa fortuna, la fortuna requisada en el Oriente, en las ciudades arrasadas al pasar en su misterioso galope y que formaba montañas en miles de sitios desconocidos, en miles de cuevas de Alí Babá, y de la cual gozaban, en lugares igualmente ocultos, en -62- festines fastuosos. La leyenda admitida por los cortesanos de Felipe el Hermoso y por los que rodeaban al emperador de Alemania, les asignaba un ceremonial demoníaco, que celebraban en sus asambleas, y que se parecería a los ceremoniales de la Misa Negra. Los Caballeros del Temple llegaron a ser evidentemente muy ricos y su riqueza movió contra ellos la envidia y la calumnia, y el rey de alma bituminosa aprovechó esa creencia para encausar al Gran Maestre de la Orden, Jacques Molay, considerado por los historiadores de las sociedades de caballería como un santo y un mártir; acusó a los Templarios con la siniestra prolijidad de su legista Pierre du Boist, los procesó, los presentó como gente extraviada en vicios vergonzosos y una noche fueron degollados por los esbirros del rey, que se adueñó de su oro y de sus propiedades. Este asesinato colectivo indignó a los alemanes, que poco después hicieron exactamente lo mismo; hasta que, en 1312, el papa Clemente V, forzado por -63- el soberano, suprimió la Compañía del Temple. Con la exterminación de sus afiliados se desvaneció la Caballería, porque los individuos de instinto andantesco comprendieron que el tiempo de Amadís de Gaula, de los nobles compañeros de Rolando, los esforzados buscadores de proezas del ciclo carolingio y del ciclo artúrico, el tiempo de lanzarse al azar en pos de la fama, había pasado, y lo reemplazaba el tiempo acompasado del predominio de lo gregario, de lo ordenado, de lo urbano y civil. Al borrarse la caballería, como entidad social, nació su novela recordatoria, su glorificación prosificada, que un par de siglos más tarde parecía una

helada perpetuación verbal que ya no interesaba a la doncella que bordaba, en la España filipisca y funcionaril, cerca del ventanal enrejado, la flor y la hoja en el lienzo de lino, ni distraía la atención del soldado vuelto de la guerra contra el Turco, que pensaba en el barco dispuesto a salir para América. Miguel de Cervantes era uno de esos soldados -64- y le constaba como a ninguno la extinción de la caballería profesional e institucional, la extinción de la prosapia de los caballeros, que los reyes hostigaban y sometían a las minucias de su política y a los trámites burocráticos de su cancillería, según podían testimoniarlo los contratiempos y sufrimientos que escarnecieron la impaciencia heroica de Don Juan de Austria o el regateo miserable de pleitista en que se ahogó Hernán Cortés. Esa experiencia en los fracasos de Miguel de Cervantes, filósofo humanamente jovial, que se embebeció en Italia de alegría italiana y de ironía melancólica, no arrasó en su espíritu visionario su pasión por lo fantástico, por lo andariego, por la aventura tras la succulenta moza o el precario maravedí para comer. Así fue como nació en su mente en forma imprecisa y grisácea el plan de historiar la transformación histórica, la transición de la época del caballero andante a la época del peñolista de la corte, del negociante florentino y genovés, al -65- acecho de los desperdicios de la vieja España que se demolía y al atisbo de la nueva burguesía que se hinchaba, en un país desarrapado, con una población que se evadía hacia las colonias transoceánicas, con las car gas que venían en los galeones de Méjico y del Perú.

Cervantes nos mostró en lo externamente postizo de su héroe, y en su incompatibilidad con el ambiente de la comunidad moderna, la preterición de esa literatura irresucitable, con el objeto de restaurar al tipo humano que le sirvió de fundamento para trasfundir su sustancia espiritual en el hombre vivo, como lo era Cervantes, vivo, en la vida diaria, en sus diarios avatares, no ya para singularizarse en la acción fúlgida, si no para vivir. Esa potencialidad anímica hervía en la muchedumbre, y, debido al soplo de su fantasía, a la afición a lo desmesurado, a su voracidad quimérica, que la hacía imaginar mares de pedrería en los reinos mágicos de las Indias, los emigrantes, secundones y pícaros pudieron conquistar -66- y colonizar el continente fresco, el continente dorado y verde, el Mundo Nuevo de Pedro Mártir de Anglería. Esos emigrantes peninsulares, hidalgos desguarnecidos de doblones, residuo de las guerras españolas en Italia y en Flandes, prófugos de presidios, caminadores sin oficio, porcarizos y comerciantes, soldados sin ocupación y sin paga, engendraron pueblos y colocaron en la América toda, en el hemisferio colombino, hitos de naciones. Fueron ellos los caballeros andantes que en la estiva de las piojentas carabelas acariciaban la aventura magna, el prodigio de desflorar un universo intacto. Así, al desaparecer la caballería muerta y la novela muerta que la prolongaba en un ditirambo y en un gemido resurgieron como por ensalmo en el espíritu popular y en la voluntad individual y se encarnaron en Don Quijote, que reveló su renacida existencia. El quijotismo, el impulso hacia lo personalmente fuerte, tornó posible el descubrimiento y el sometimiento de América, la -67- implantación del idioma y de la religión de la metrópoli por un puñado de buscadores de oro, de buscadores de maravillas. Los definía y disputaba en su temeridad y en su áspera entereza, en su capacidad de endurance, aquel Don Alonso Quijano, aquel errante hidalgo, pues es el espíritu quijotil el que hispanizó la América, la bautizó y la selló, de la Asunción a La Florida, del Potosí al Caribe, del Aconcagua al Monotombo. Adquiría con esa renovación la caballería desritualizada y desfeudalizada, un sentido de humanidad desenmohecida, refrescada, devuelta a su prístina confianza en la creación. Y traía además una conciencia al individuo que fincaba en la certidumbre de bastarse en medio de una sociedad que cambiaba de alma y de piel.

Ese hombre individual, que es Don Quijote, enseñaba también a los otros hombres, contemporáneos y sucesores suyos en las venideras etapas históricas, la utilidad de defenderse y de defender a los que han menester -68- de su brazo o de su consejo si la libertad pelagra o si pelagra su honor, no el honor medieval, pomposo y tamborileante, sino el honor burgués, es decir el honor que abona, con la dignidad de vivir, la ejecutoria corriente y democrática de toda persona que vive, que es el bueno, como nos lo asegura el más españolizado filósofo germánico, Arturo Schopenhauer, lector de «Don Quijote de la Mancha» y traductor del padre Gracián. El Caballero de la Triste Figura dilucida este punto en el capítulo LVIII, segunda parte, después de su alojamiento en el castillo de los duques, en que lo befaron y ultrajaron con burlas combinadas como en un entremés escrito para divertir a un público de señores. En el campo raso, y vuelto a su espontaneidad espiritual, se dirige a Sancho con estas reflexiones: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieran los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encumbra; -69- por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.» Esto trasunta una significación trascendental. Desea expresarnos con esa afirmación el heridor de pellejos de vino, el embestidor de carneros, y el tierno amparador de Andresillo, al que apaleaba en un hueco del bosque su avaro patrón, que todos, por ser de la universalísima estirpe adámica, somos dueños de nuestra libertad y guardianes, al precio de la vida misma, del honor inseparable de su beneficio. Cervantes fundó con el ejemplo quijotesco, o con el quijotismo, que, como hace constar Don Miguel de Unamuno, su evangelizador místico y filosófico, es cosa que no ha de confundirse con el cervantismo, cosa yerta de historicistas, de eruditos en fechas, en pormenores, en naderías de discurso académico, fundó, digo, la caballería ciudadana, la caballería del hombre libre en un conjunto social organizado para respirar libremente.

-[70]- -71-

△▽

- VI -

Erasmus y la técnica de la locura

Don Miguel de Cervantes Saavedra revistió a Don Quijote, para poderlo poner extemporáneamente sobre el camino y procurar lo que procuraba, de dos configuraciones, una exterior y otra interna, que le sirviesen de salvoconducto y lo sustrajesen a la inquisitorial policía del Estado y de la Santa Hermandad. Lo paramentó con indumentos hilarantes y lo desposeyó de la cordura. ¿Quién impide -habrá pensado- las andanzas de un disfrazado o censura con hurañía dogmática las disertaciones de un loco? Erasmo de Rotterdam aplicó análogo método para disimular la verdad y libertar -72- la razón en su «Elogio de la locura», publicado treinta y siete años antes de nacer Don Miguel de Cervantes. Erasmo, llamado anacrónicamente el «Voltaire latino», tenía mucho del efectivo Voltaire, sin su pertinacia y su valor en las horas graves. Ese hijo natural de no sabemos qué gentilhombre holandés, se vio desde temprano en la urgencia de proveerse de sustento y se lo ofrecía en su época, cuando Cristóbal Colón estudiaba

los mapas de Bartolomeo Perestrelho, la cartografía y los monografías sobre navegación marítima de Abraham Zacutto y de Joseph ben Johel, el arrimo al convento, donde había paz recogida y manuscritos en griego y en latín, libros de teólogos y de poetas. En la escuela del profesor Alejandro Hegius aprendió los rudimentos de la lengua del Lacio, a deletrear a Virgilio y a descifrar los apotegmas de los filósofos helénicos. No era fácil para ese niño anheloso de saber, encontrar techo y pan. Monaguillo de la Catedral de Guda, alumno del -73- Seminario de Bois-le-Duc, pupilo del Convento de Emaus, protegido del obispo de Cambrai, se ordenó de presbítero, sin que la religión, el culto, el rito, el conventualismo le diesen la fe conveniente para ser un sacerdote o un monje de oblato sincero. Se reía de los opíparos yantares en los comedores sombreados, de la holganza y de la beatífica pachorra de los frailes, de sus siestas pesadas, de su falta de curiosidad por lo que contenía la biblioteca conventual, que salvó el mundo de la oscuridad traída por los gépidos y los hérulos, y preparó la llamarada del Renacimiento, primavera del espíritu humano. Abandonó el claustro y anduvo por las ciudades cultas, riéndose de lo risible, aunque en sabia y ciceroniana prosa latina, que apreciaban los finos prelados que pasaban su vida con horaciana y epicúrea complacencia. No se creía el agudo complementarista de los clásicos y de los místicos con compromisos de gratitud para nadie ni con deberes caballerescos de reciprocidad -74- para sus protectores. Entendía que cualquier procedimiento para instruirse y expresar lo que pensaba podía emplearse sin desmedro de su buen nombre, inclusive burlarse, en su «Sórdida opulencia», del ilustre tipógrafo Aldo Manucio, que publicó sin ambición de lucro un libro suyo y lo hospedó en su casa un año entero. Erasmo de Rotterdam era un gran hombre y una mala persona, si lo juzgamos con nuestra moral burguesa, que es la buena moral, como el honor burgués es el buen honor. Sostuvo una detenida correspondencia con Lutero en que criticaba las costumbres del sacerdocio, los errores de la política eclesiástica, la indiferencia pesimista en los que gobernaban la Iglesia. Es considerado como el engendrador de la revolución religiosa; se dice que «Erasmo puso el huevo de la Reforma y Lutero lo empolló». Se peleó con Lutero, lo atacó en una violenta polémica, y retornó al catolicismo con la ubicuidad y la sinuosidad de su blanduzco temperamento, de -75- hombre disconforme y sin integridad para mantener su disconformismo. A pesar de tal volubilidad, de tal ambigüedad acomodaticia, este escritor antiquijotil estaba dotado de un grado suficiente de quijotismo para ser fiel a lo único que amaba en su existencia trashumante, que era criticar los prejuicios y decir la verdad. Ha encontrado en «El elogio de la locura» la técnica para hacerlo sin el temor de caer en la cárcel. La Locura, en su cátedra, ante un auditorio de representantes de las categorías funcionales de la sociedad, desde el monje hasta el Sumo Pontífice, flagela a los que la oyen con el análisis de sus deficiencias, de sus deformidades, de sus vicios. ¿Le hubieran permitido a Erasmo manifestarse con tan hiriente franqueza, si en vez de endosar sus razonamientos a la Locura la hubiese sustituido por un ente cuerdo? Miguel de Cervantes utilizó el subterfugio erasmiano para que su héroe pudiese desempeñarse con igual seguridad, dando a ese hombre verdadero, dispuesto -76- a servir a la verdad, la apariencia vistosamente falsa en el traje y en las armas y la apariencia inofensiva del enajenamiento mental que le autorizaba a circular y a vocear en todos los lugares a que se allegase lo que le ardía por dentro, ardor de justicia, de alta razón sobre las razones bajas, de misericordia enternecida hacia el triste y hacia el sufriente, de grandeza sustancial sobre la grandeza decaída en un país envenenado con el recuerdo del imperio de Carlos Quinto y que no lograba comprender, ni alcanzó a comprenderlo después, que su plenitud imperial no se cifraba en las minúsculas intrigas de Londres, de Roma, de París, en el dominio eventual de un pedacito de suelo italiano o belga, sino que se espaciaba del Atlántico al Pacífico, del Plata al Orinoco, en la vastedad de América. La

España filipisca no lo comprendía en su funesta pesadilla y se desleía y deshuesaba en su énfasis estático; y al irse deshaciendo recuperó la fuerza salvadora en la coherencia que cobraba con el -77- idealismo de acción individual que le devolvía, sin advertirlo, en América, lo que perdía para siempre en Europa. Ese idealismo individualista que simbolizaba Don Quijote de la Mancha terminó por derribar, como a la caballería ficticia, las ruinas y los escombros de la monarquía universal, y por restablecerla en las márgenes de los ríos y en la ribera de los océanos americanos. España había dejado de ser, desde el punto de vista europeo, una gran potencia y un gran monopolio político y se convirtió, por el quijotismo difuso y actuante, en un gran pueblo, paridor de pueblos. El quijotismo, que es el humanismo viviente y no el literario y culteranista como lo fue el de los cenáculos refinados de Italia, se transfundió en la grey común y en fermento de albedrío y de poesía popular. Lo enfáticamente épico de la novela de caballería se transformó en el lirismo vivo de lo quijotesco.

-[78]- -79-

△▽

- VII -

Don Juan Montalvo y el quijotismo

Ese lirismo quijotil y humano inspiró la vida y la obra de un maestro de nuestro mundo americano. He nombrado a Don Juan Montalvo, escritor y publicista del Ecuador. Tocóle militar en la Hispanoamérica de mediados del siglo XIX, una Hispanoamérica de revueltas, de luchas civiles, de caudillos liberales y de caudillos ultramontanos, que se despedazaban entre sí y gobernaban con el corchete, el calabozo y el destierro. Adolescente aún, le depositó la suerte en París, en calidad de secretario de la legación ecuatoriana, y en la metrópoli, agobiada todavía por lo reciente del golpe -80- de Estado de Napoleón III, condenado en la posteridad al fuego eterno de las admoniciones de Víctor Hugo. En París se educó Montalvo, en sus vibrátiles veinte años, en el romanticismo y en el quijotismo, porque «Don Quijote de la Mancha» era su solaz y su descanso. Vio de cerca a Lamartine y a Musset y cuando se reintegró a su patria, a su tierra natal, quiso servirla con su vehemencia de demócrata romántico y de repúblico quijotesco. En sus pobrísimos periódicos agredió a los que degradaban el ideal republicano con tanta fuerza que los propietarios del poder le obligaron a expatriarse a las inconexas naciones vecinas y continuar allá su labor de patriota. Perseguía a los tiranos con su encendida arenga escrita, lanzada como un proyectil -hoy diríamos como un «robot»- a la faz de García Moreno, el gobernante déspota. García Moreno pereció, como en el quinto acto de una tragedia, y Don Juan Montalvo exclamó, al saberlo en el extranjero: «Mi pluma lo mató.» Era cierto. Esa pluma no se redujo a enhebrar artículos de polemista irresistible. En su peregrinación azarosa compuso «Los siete tratados», la entrañada «Geometría moral», y sintetizó su conocimiento experimental de los ceñudos malandrines en su extensísimo trabajo de humanista hispanoparlante, titulado «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes», «ensayo de imitación de una obra inimitable». ¿Cómo no aprovechar su gusto cervantino y su amor a Don Quijote después de su continuada intimidad con el autor y su personaje, y más

aun dada su observación de las escenas vividas, en Quito y en Guayaquil, en la vecindad de los que se le figuraban los follones de su tema de tantísimo tiempo? La tentación lo venció, sin que desconociera la dificultad de realizar su antojo. Quien ha leído «El buscapiés», el primer capítulo del libro, descubre al humanista, al pensador combativo, poseído de eficaz opulencia idiomática, de ingenio maduro, de picardía intencionadísima. -82- No en vano admiró esa «imitación» a Don Juan Valera, que la ensalzó extremosamente. Don Marcelino Menéndez y Pelayo, nunca arbitrario ni fallosa en su juicio, reconoció la importancia de ese ensayo, su brillantez y su forma castiza, excesivamente castiza; pero opinaba que era un prosista «algo pedantesco». No carece de exactitud esa definición. Don Juan Montalvo incurrió en la equivocación de escribir más lindamente, más cervantinamente que Cervantes, como el Conde de Cheste al seguir a Baltazar de Alcázar en una pantomima de sus coplas de «La Cena». Baltazar de Alcázar dice:

En Jaén, donde resido

Vive Don Lope de Sosa...

El Conde de Cheste dijo en sus candorosas coplillas:

Era Madrid, donde resido

Entre trovas del Ariosto ...

-83-

El excelente académico, con su casaca y su calva omniluciente, estaba convencido de haber mejorado el mosto con que nos marea Baltazar de Alcázar al embotellarlo en su lujoso recipiente. Y tal vez Don Juan Montalvo haya supuesto que su prosa era positivamente cervantesca y meritoria por su casticismo, por su tufo arcaizante y su dejo arqueológico. Con ello se ejercitó talentosamente en un deporte suntuario de la inteligencia, sin acercarse a Cervantes, inclasificable entre los escritores castizos, constreñidos a la celosa pureza verbal y a la tradición gramaticalista de la lengua. Cervantes introdujo neologismos en el idioma, incorporó a su uso vocablos foráneos y mezcló al léxico culto las voces que su oído de músico callejero captaba en las reuniones de barriada, en las disputas de la soldadesca, en las catervas de los barcos, en el cautiverio, en la prisión. Era un captador atmosférico del idioma y lo vertía en sus novelas y en sus cuentos, sin de tenerse a pulirlo y a engalanarlo -84- con arbitrios de tocador. Su casticismo no le viene de su purismo de estilista, de la penosa elucubración en el taller del literato, sino de su elemental identidad con lo recóndito de su país y de su pueblo. Ese casticismo de Cervantes no es un misterio gramatical sino un misterio de concepción. Imitarle con el sudoroso afán de ser castizo, y esta es la trampa en que ha caído Don Juan Montalvo, es alejarse del sumo hacedor de criaturas artísticas a leguas de distancia. La vida inspiró a Cervantes y le dictó sus clases de literatura en el patio de Monipodio y en los recovecos del Hospital de los Podridos. A Don Juan Montalvo le inspiraron las Musas de la erudición. No empecen estas observaciones, que hago con admiración por el autor americano, reconocer la belleza de los «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes». Su libro se lee, se disfruta, porque abundan en sus parvas de

páginas momentos de gran escritor y ponen de manifiesto a un hombre que si bien no logró repetir lo irreplicable, -85- ha penetrado su pensamiento, su contenido ejemplar, su valor humano y aleccionador. Este prominente quijotista realizó en su trayectoria tumultuosa una obra más valedera que la tentativa inolvidable de remedar la novela de Cervantes y que fue vivirla peligrosamente, no a imitación de su libro sino a imitación de su héroe, haciéndose heroico y aceptando los obstáculos, los sacrificios, las penurias del luchador en el aislamiento, la inseguridad, el acompañamiento del dolor y la recompensa de la ingratitud, hasta que, muerto ya, se descolgó la lluvia de las alabanzas sobre su prematuro sepulcro.

-[86]- -87-

△▽

- VIII -

Del amor libertado, del amor caballeresco y del amor retórico

En la época filipisca de España, a largo tiempo después de la múltipara Celestina, decayó el amor de prestigio natural y se deslizó por las callejuelas en que lo rodrigaban viejas bribonas, como escapadas de las comedias de Aristófanes, o se disfrazaba, despojándose de su carne y de sus huesos, en personaje dramático. Bajo este aspecto, envuelto en pesados terciopelos y en pomposos brocados, se le veía en los dramas de Don Pedro Calderón de la Barca o de Lope de Vega defendiéndose, en nombre de la honra, del agresivo capitán o del conde ahogado -88- en su propia nobleza. En cambio, en «El Corral de la Pacheca», el amor de callejuela danzaba con la saya al aire y cantaba en lengua de germanía cosas que ponían sobre brasas a la muchedumbre picaresca.

Don Miguel de Cervantes Saavedra, que anduvo por los cuatro rumbos del mundo entonces conocido por los soldados y los poetas, tenía un concepto menos funesto y más limpio de uno y otro amor. Gustaba de la mujer y la perseguía hasta cuando no era más que una sombra, con una mezcla de devoción poética y de fuerte impulso humano, pues todo en Cervantes era hondamente humano y poético. Tras ella anduvo de mozo en las tierras solares de la península y tras ella se mareó bajo el cielo amoroso de Italia cuando, con su chaqueta de la mesnada de Don Juan de Austria, vagó por sus ciudades olorosas a la espera de la magna jornada contra el turco. La mujer le tostaba piel y sesos, mas nunca, -fuese quien fuere, dejó de ser en su espíritu el ser maravillosamente -89- alcanzable que debía agrandarse en su memoria o en la imagen que fijaba en su página henchida de calor vital.

No obstante ello, el padre de Don Quijote de la Mancha creó mujeres de fantasía, no sujetas a apreciación demasiado material, sin duda para que no envejeciesen y se mantuvieran siempre en su donaire ruidoso en la escena popular o en su gravedad y en su irresistible atracción, como las que se evocan y a veces apenas se adivinan, dolorosas y dominadoras, en «Los Trabajos de Persiles y Sigismunda». Mas todavía se le debe una proeza mayor al ingenio hacedor de Don Miguel de Cervantes Saavedra. Su figura más perpetua de mujer es una refracción de un sueño hilvanado en una noche de locura.

Dulcinea del Toboso, incentivo permanente de Don Quijote en sus extensas rutas, resulta una creación de poesía y de mitología destinada a encarnar el amor ideal, tutor y conductor del amor que ha de ser algo más que un mero encuentro de hombre y -90- mujer. Y si comparamos a esta figura, tan evidentemente simbólica y tan visiblemente encendida en algún recuerdo de adolescencia de Don Miguel de Cervantes Saavedra, pobre, infortunado y tímido, con la mayoría de las damas orondas de decoro del teatro clásico, hallaremos más artificiales a éstas que a aquélla. Doña Dulcinea del Toboso tiene la configuración de todas las mujeres que hablaron y hablan a la imaginación de los hombres; las damas ilustres que llenan las cortes de Calderón y de Lope no nos seducen; se nos imponen por su fría magnificencia. Podemos admirarlas mientras las vemos; jamás las recordaremos al alejarnos del tablado en que nos impresionaron con su énfasis o con su grito. Nunca nos seguirán en la soledad, nunca nos harán cerrar el libro que leemos para pensar en ellas, o porque una de sus sombras se nos acercó para interrumpir nuestra meditación.

Cervantes frecuentó bastante la academia de la taberna, la trastienda de la librería y -91- las asambleas de los legos, repletas las faltriqueras de versos inéditos, para repetir esas figuras en que el amor es una recitación de certamen. Intentó, por lo tanto, despojar al diocesillo de su caparazón de hielo y devolverle la libertad para lanzar sus flechas sin pedir permiso a los maestros de literatura.

El amor fue pintado en España, en sus tiempos clásicos, por dos tipos de poetas: el poeta fraile o afrailado con tendencia a ablandar el *non obstat* en los conventos donde hallaba apoyo continuo y en las iglesias de la vecindad en cuyos atrios resultaba fácil codearse con próceres. Estos poetas, a veces destinados a lo imperecedero, hacían del amor un fantasma de princesas o un suntuoso espectro de cortesana, de miedo a que se filtre en sus diseños de mujer alguna de las pesadillas que solían frecuentar sus noches solitarias. El otro tipo de poeta, como el autor de «La Celestina» o del que construyó tan jocundamente una de las más grandes novelas de nuestra lengua, Mateo -92- Alemán, se consagró a tasar la mujer con graciosa medida en lo que pesaba y medía, con una natural verdad de individuo que no tiene tiempo para devaneos. Cervantes añadió a esa percepción positiva su alcaide poético, sin dejar de ser soldado impaciente, andariego, buido de sentimientos activos y atropellador.

Atravesaba el amor la crisis española que atravesaban los españoles mismos. Se desmoronaba el edificio feudal y el esfuerzo constante de la Santa Inquisición no lograba mantener en su pie los muros que iban cayéndose a pedazos. Esos sobrantes sociales de que se purgó la Europa de la Edad Media con la empresa de Las Cruzadas y que eran los soldados en ocio, los desechos de la sociedad, menesterosos siempre de sustento y de aventura, socavaban esos muros con su bullicioso afán de tragarse la vida en un solo sorbo por temor a que mañana fuese demasiado tarde.

Ansiaban partir para América, y en la -93- nave que debía trasladarlos al Nuevo Mundo, cuyo sabor pregustaban con los relatos que traían los primeros indios, en esa nave, digo, no cabía la dama acartonada y rígida de Calderón, sino la mujer viva, plegadiza y plástica como su espíritu y dispuesta a seguir a su hombre adonde éste quisiera, selva o desierto, y volverse una pareja de vasta prole en el continente cubierto de estrellas «vistas sólo por la antigua gente», según leemos en «La Divina Comedia».

Miguel de Cervantes Saavedra estuvo por tentar el gran sueño de América, por acercarse a la selva de los trópicos de oro y a los ríos extensos y anchos como faros. Conocedor de la soldadesca, a la cual perteneció, gustaba fantasear sobre el tema de la mujer en excursiones líricas y tenerla, fuera de ese vuelo imaginativo, lo más vecina a sus brazos. Por esto, tal vez, sus Novelas Ejemplares, obra maestra cada una de ellas, nos trazan semblanzas de mujeres substraídas al ropaje retórico y hechas para el vaivén -94- callejero o para el trabajo y reposo del corazón. El escritor que dio existencia en el plano poético a Doña Dulcinea del Toboso contribuyó, con los alegres maestros de la copla y de las comedias populares, a libertar la mujer de la rigidez que le comunicaran, aunque fueran poetas de genio, los dramaturgos que se obstinaban, a menudo, en apartarse de la vida para refugiarse en la solemnidad de los símbolos. Don Miguel de Cervantes Saavedra, soldado, aventurero, presidiario y poeta, amaba la vida y no quería transfundirla en sus obras con un sentido de veracidad realzado por las trascendencia poética y no pocas veces por su visión cómica, por su inclinación filosófica a la ironía pesimista.

-[94]- -95-

△▽

- IX -

El retorno a don Quijote

Las obras maestras como «La Divina Comedia», «Don Quijote de la Mancha», «La vida es sueño», o «Hamlet» están circuidas por un halo de niebla que les inunda perennemente de sugestiva atracción. Creemos conocerlas a fondo porque las hemos leído infinidad de veces. Sin embargo, si volvemos a cualquiera de ellas, desengañados de los libros que aparecen y que nos ilusionan por la novedad de su composición o su interés de actualidad o necesitados de refrescamiento en un entreacto de trabajos o estudios áridos, las redescubrimos y nos restituye la emoción prístina que nos produjo. Nos impresiona esa obra maestra con imprevistos hallazgos, que interpretamos con -96- más exactitud, con aplicación a la filosofía enriquecida por la experiencia, o renueva el deleite que nos causó en anteriores lecturas. «Don Quijote de la Mancha» es el libro que más a menudo tienta al que se ha acostumbrado a leerlo. Le distrae con su forma, con la pluralidad de sus episodios, con la repetición de los pasajes que le regocijaron o le conmovieron. Es el talego del rico dadivoso que nunca se agota. Pero, ¿nos permite la posición en que nos colocamos ante la vida en toda ocasión, apartarnos de las exigencias que nos impone, y gustar su belleza con ánimo transparente, o analizar lo que sugiere su profundidad? Sabemos que Bartolomé Mitre leía al Dante en su tienda de campaña mientras dirigía la guerra de la Triple- Alianza contra el tirano del Paraguay. Mitre era un hombre de genio, como lo atestigua la ingente obra realizada en su existencia de gobernante, de educador del pueblo, de formador de sus instituciones, de historiador, de polígrafo. Lo que es accesible -97- al hombre de genio no es alcanzable por el mortal de medida común. Cohibido por las trabas de la posición que toma, que le señala deberes que juzga moralmente cardinales, se abstrae del placer, de la voluptuosidad, de hojear con sibaritismo intelectual las obras que le otorgan esa dicha

en los ordinarios tiempos de normalidad. Me pregunto, por esto, si los amantes de «Don Quijote» han podido serenarse en su amistad en estos años, en este lóbrego terror milenar del cual está saliendo la civilización. Por mi parte confieso que estuve alejado de esa distracción espiritual casi por espacio de una década, desde que la concepción antiquijotesca, esto es, contraria a la expresión de lo más genuinamente individual y antagonica por lo mismo con la justicia del individuo, que es el fin de la sociedad civilizada, empezó a dislocar al mundo con su fuerza de huracán. Llamo antiquijotesco a lo que se opone a la posibilidad de empuje, a la aspiración al ennoblecimiento de la vida -98- que realza a la persona humana en su desenvolvimiento social. El mundo conoció esa pausa de tinieblas y, por suerte, lo que quedaba en los países de levadura civilizadora, de ansia de libertad, de audacia de espíritu contra la tromba física, armó los brazos quijotiles para defender esa herencia preciosa. Esos brazos, en los campos de combate o lejos de ellos, en el campo de la controversia, de la prédica de la razón contra el viento de la sinrazón, no disponían de equilibrio, de paz en el alma, para entretenerse con la meditación sobre Don Quijote. Animados por el humanismo activo, los hombres poseídos por ese sentimiento abandonaron lo que fuera placidez agradable, a los maestros de la poesía y del pensamiento, para entregarse a su lidia con los enemigos de la humanidad que se modela en su progreso en el sueño de los pensadores y de los poetas. Dejaron de lado a Don Quijote para acercarse a la realidad de su designio y emprender a su vez lo que parecía la milagrosa -99- aventura de vencer lo invencible. La gente educada en los fines que asignan un ideal a la vida para depurarla de lo que suele afligirla y humillarla, e impedir el florecimiento de los hombres que no admiten que la sociedad se gobierne por instintos puramente fisiológicos, vió en esa diseminación de doctrinas sombrías y de sucesos más sombríos que las doctrinas en que halla su origen, un signo de ludibrio universal, y supusieron que el mundo se precipitaba al abismo. No se discernía augurio que no lo presagiara. Las ciudades venerables por su historia fueron invadidas como en la época en que el Imperio Romano se desmoronó en pedazos y las universidades, las escuelas, famosas, los recintos de la ciencia y los recintos del arte cayeron en manos de aquellos que en el Medio Evo se desparramaron por esas regiones, gratas desde la antigüedad a los Dioses afables. Mas el horóscopo del hombre libre es menos infausto que el de su perseguidor. Y los países en que predomina -100- el hombre libre supieron salir al encuentro del muy armado follón y del muy pertrechado malandrín. ¿Será indomable en su acometividad?, se preguntó entristecido el espectador. Los países paladinescos y los hombres paladinescos salvaron así lo que tienen los pueblos de humanismo, de fertilidad de alma, de cavidad virginal para alojar lo quijotil. Es justamente cuando los que coadyuvaban a la lucha a millares de kilómetros de su teatro de fuego y de muerte doblaron las páginas de «Don Quijote de la Mancha» para ocuparse devotamente en proclamar a los que luchaban y compraban con su vida el derecho a que vivan los demás, naciones y personas. Humildísimo entre esa gente empeñada en servir a la libertad de la razón y del espíritu, tan mínimo como puedo serlo, contemplo en las vísperas del renacimiento de la claridad la vuelta de Don Quijote al retiro de los que lo aman. Posiblemente se contraigan las cejas del cervantista, y no lo soy yo, al advertir -101- esta mezcla del quijotismo de Cervantes y de Don Quijote con eventos que en nada se relacionan con tan abstractos asuntos. ¿No se acuerda -me diría- que Ernesto Renán abandonó París en el lapso de la guerra franco-prusiana, en 1870, para alejarse del tumulto y del son popular, de la obsesión del conflicto, y escribir en la quietud de una población tranquila sus «Diálogos Filosóficos»? Renán no estuvo ajeno a esa guerra, según lo documenta su célebre carta a David Strauss, el historiador evhemerista de Jesús. Por lo demás, he seguido en este nuevo «Buscapiés», no tan magistral, sabidor y discreto como el de Don Juan Montalvo,

el ejemplo de Don Miguel de Cervantes Saavedra, que no quiso, como escritor, desviarse de algo que fuera pertinente a su lugar y su tiempo. Su libro es un espejo social y un espejo no exento de calidad para agrandar las muecas de las imágenes que se refractan en su luna. Y si Cervantes, con tanta fluidez de genio y de ingenio, se mostró - 102- modestísimo en la atención de las cosas cotidianas, con cuyo aderezo hacen los novelistas imantados por el Espíritu Santo, que es el espíritu cósmico, obras para las generaciones venideras, ¿cómo me ausentaré yo, minúsculo amator suyo, del ámbito en que respiro y eludiré la racha que me arrastra? Podría con ese apartamiento de la realidad, que dejará en todos un amargor para siglos, arribar a una gélida perfección de cervantista, mas dejarla de ser hombre. Sé que en las praderas del Empírico, donde hoy cabalga Don Quijote, descansado de sus fatigas, el buen caballero me aprueba; y espero, lector cultísimo y benévolo, que tú harás lo mismo. Y si tu paciencia es corta, afanoso de leer la historia jocunda, te autorizo, sin mengua tuya, a saltar a hilvanes y no a respuntes estas páginas tejidas para ti con mejor intención que suerte. Y si las soportas y gustas, Dios te lo pagará con su misericordiosa munificencia y a mí me amparará con el sabroso mendrugo a que tienen derecho los fieles alumnos de las Musas.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario